

El paisaje en la ciudad: espectáculo, negocio y olvido.

Rosa Olivares

Desde hace unas décadas la instalación de obras de arte, o de objetos presumiblemente artísticos, en espacios públicos han cobrado una importante desmesura. De hecho se ha convertido prácticamente en un género del arte actual que cada vez más artistas practican. No se trata solamente de escultura, como ha venido siendo tradicional hasta ahora, sino de toda una serie de diferentes y extraordinarias puestas en escena de proyectos artísticos, de instalaciones de objetos que ejemplifican con su propia existencia mejor que con cualquier teoría, la evolución y desarrollo de la escultura hoy.

Pero cuando se habla de arte público, o de arte en espacios públicos, estamos hablando de mucho más que de arte. Porque en los proyectos de arte públicos se juntan una serie de elementos que lo definen por encima de los valores artísticos, desde el puramente económico hasta el político, sin olvidar aspectos de moda, sociales, decorativos y otros muchos diferentes en cada situación. Este auge de instalaciones públicas se está produciendo por todo el mundo, en todo tipo de ciudades, pero tal vez sea un fenómeno más visible en las pequeñas ciudades europeas. En cierto que la megalópolis contemporáneas reúnen un atractivo muy especial y característico de nuestro tiempo, pero a pesar de sus desorbitadas poblaciones y sus niveles de conflicto, las pequeñas ciudades son no solo mucho más numerosas, si no que la mayoría de las ciudades del mundo no son megalópolis, sino ciudades pequeñas en diferentes niveles.

Los problemas de convivencia y la necesidad de estrategias estéticas dispares que convienen en las grandes ciudades marcan un conflicto general muy diferente a los pequeños y a veces absurdos problemas que aparentemente perviven en las ciudades pequeñas. Temas como la especulación, la exageración del paisaje, la convivencia de etnias, culturas y tipologías humanas muy diferentes no son necesariamente influyentes

en la creación de espacios públicos en las ciudades de una escala poblacional inferior. Sin embargo, tal vez por su peculiaridad y su tamaño menor, la problemática que hoy en día se da en ciudades entre 50.000 y 3.000.000 de habitantes, puede analizarse como si tratase de un estudio e laboratorio: en pequeña escala los problemas se pueden aislar y comprender mejor, y sus tratamientos, una vez aislados los conflictos, trasladar a otros lugares, a otros espacios.

Concretamente la ciudad de Vitoria-Gasteiz, en el país vasco, el norte de España, es una ciudad de pequeño nivel que, a pesar de ser la capital política de la autonomía vasca, no cuenta con una gran población (alrededor de los 210,000 habitantes) pero tiene un nivel de calidad de vida de los más altos de España, hasta el punto de que se llama "La pequeña Suiza" por su nivel de bienestar social. Cada barrio o zona de nueva construcción cuenta con todos los servicios sociales imaginables, desde zonas ajardinadas hasta servicios hospitalarios, polideportivos, bibliotecas públicas y, por supuesto, el 1% del gasto de construcción destinado a equipamiento artístico. Es decir, cada nuevo parque, cada nuevo barrio, se colocan esculturas, fuentes, estructuras artísticas. El gran problema es que esta situación lleva así desde la década de 1970 aproximadamente. En esas fechas se continua con la creación de un patrimonio escultórico que se arraiga en una tradición artística y constructiva que llega desde el siglo XIX en la decoración de los jardines, fachadas de edificios religiosos y civiles y urbanización de plazas y espacios públicos de la ciudad. Esto quiere decir que a lo largo de más de 30 años se han ido instalando objetos por toda la ciudad (una ciudad, recordémoslo, pequeña) de tal forma que no encontremos un objeto de piedra, madera, hierro o cualquier material indefinido que se presupone que es una obra de arte.

Pero el gusto artístico, las modas estéticas han variado considerablemente en estos 30 años y, sobre todo, han cambiado las costumbres sociales, las confluencias políticas y las oscilaciones estructurales del poder. En estos años han habido alcaldes

paternalistas que han mantenido el poder absoluto e incuestionable en diversas legislaturas, han cambiado los partidos en el gobierno de la ciudad desde la izquierda a la derecha, y muy especialmente se ha reforzado un sentimiento nacionalista que a nivel de una pequeña ciudad se han transformado en actitudes localistas. Si todo esto se traslada a las decisiones culturales en la ciudad que nos encontramos que la inmensa mayoría de las supuestas obras de arte que se han adquirido, encargado y colocado en las calles de la ciudad son producciones de artistas jóvenes, locales y prácticamente desconocidos -o absolutamente desconocidos- mas allá de las fronteras naturales de la comarca.

Llegamos a una realidad manipulada en la que los más de un centenar de obras instaladas en estas tres décadas ni tienen prácticamente ningún valor patrimonial y escaso valor artístico. Menos de una decena de estas obras resisten no ya solo el paso del tiempo sino el más benévolo de los juicios artísticos. La mayoría de ellas proceden de donaciones, de adquisiciones a jóvenes artistas que han realizado talleres de verano en la ciudad, o son compras de personajes vinculados de una o de otra manera a personas concretas, partidos concretos. Se han pagado obras que ni regaladas estarían en los fondos del museo de la misma ciudad a artistas que no exponen, no tienen galerías y muchos de ellos ni siquiera se consideran a si mismos como artistas, al margen de la afición.

La conclusión de esta situación es que el Consistorio actual decide realizar un estudio técnico sobre el parque de las estructuras de la ciudad para plantear la eliminación, restauración de todas ellas. Este trabajo se encarga después de una serie de estudios y reuniones a una persona cualificada del mundo del arte que recibe el encargo de catalogar y valorar la calidad artística, el valor de mercado y la situación de mantenimiento físico de cada una de las estructuras. El resultado de esta informe es tajante: hay que limpiar la ciudad, actualizar la imagen de la ciudad con obras encargadas especialmente para sitios concretos, limpieza e instalación de las obras ya instaladas y la eliminación de las que están en mal estado, sean escandalosamente malas y aquellas otras que por el tamaño, características, físicas o cualquier otra razón no estén adecuadamente instaladas. Ante esta decisión técnica, amparada unánimemente por el Ayuntamiento de la ciudad, solo hay una pega: la opinión pública.

La opinión pública. Nunca se le consulta para instalar nada en la calle, pero a la hora de eliminar algo parece como si fuera toda la responsabilidad. Nadie parece recordar la manipulación constante a la que esa opinión pública se le somete continuamente: falta de educación estética, falta de información, hábito de fealdad en ciudades cada vez más alejadas del tamaño adecuado, ajenas a la realidad artística del momento, con mala arquitectura ... la instalación de obras de arte en las vías públicas, en el espacio público debería ser causada por el interés público: devolver la belleza y el arte al pueblo, hacer nuestras ciudades más humanas, más habitables y más implicadas en el pensamiento y la cultura contemporánea. Sin embargo la realidad es que instalar obras, arte, en los espacios públicos se esta convirtiendo en un negocio para unos, una demostración de poder para otros, un ejercicio de mal gusto para la mayoría y socialmente una molestia para el ciudadano.

El proceso habitual es planear un gran espectáculo mediático, conseguir publicidad para el político que lo encarga y para el grupo artístico que lo realiza, el siguiente paso es el económico en el que dependiendo de las características del proyecto un promotor artístico, las empresas constructoras de la obra y en menor grado el artista, consiguen un dinero que difiere mucho de unos casos a otros y que, por lo general, es mayor cuanto peor es el proyecto artístico. Se podría establecer una ley matemática en la que a mayor espectáculo y mayor negocio, menor calidad del proyecto, naturalmente pesa mucho en cualquier instalación, tanto técnica como conceptualmente y yo me atrevería también a afirmar que moralmente, la idea de que se trata de instalaciones definitivas, para siempre, como si desde una fecha concreta pudiéramos vaticinar el futuro categorizando una eternidad para cualquier obra sometida al paso del tiempo, los elementos climatológicos y los cambios políticos y estéticos. Si no hay casi nada eterno, seguramente nada, es difícil pensar que una escultura en la calle deba durar siempre. Cuando un artista se plantea esa construcción, la idea de eternidad es, a veces insalvable y por eso se tiende a encargar estos proyectos a más artistas de un nivel en el que no se plantean demasiadas cosas, más allá de que es un encargo público. Lo que casi ninguno se para a pensar que esa referencia puede ser de mal gusto, de la prepotencia política, del desatino urbanístico.

En Vitoria ha sido relativamente bueno, lo que es lo mismo que decir que el resultado ha sido relativamente malo. Todavía no hemos terminado el trabajo pero ya se puede afirmar que el Ayuntamiento va a eliminar al menos un 25% de las esculturas públicas que están en sus calles. Otras muchas cambiaran de lugar, retirándose a parques en los

alrededores de la ciudad, zonas de nueva urbanización que así se convierten también en testigos de la historia de la escultura local más reciente. Pero tal vez lo más interesante sea la aceptación -aunque ya he dicho que nada es eterno- y unas normas para que en el futuro se controle más la colocación de objetos e instalaciones artístico en la calle, en los espacios públicos, que no acepten donaciones, que los encargos sean tramitados a través de un comité de expertos... una serie de medidas que evite llenar la calle de cosas y convertir el arte público en mobiliario urbano.

Naturalmente algunas de las obras más horribles de la ciudad no se retiraran y seguirán ocupando un espacio privilegiado en las calles más visitadas. El espectáculo está asegurado, el negocio también y la cultura de los habitantes seguirá oculta detrás de bibelots y esperpentos urbanos que políticos interesados o ciegos pretendan convertir en símbolos absurdos de una ciudad histórica.

La idea de que cualquier obra se instale en la ciudad obedezca a una razón, social, histórica o artística, debería de estar en el origen de cualquier proyecto de arte público. En su desarrollo se debería tener en cuenta la calidad de los artistas elegidos, y la realidad de que son encargos que se sufragan con el dinero público para uso y disfrute de todos. La responsabilidad es mayor que ante la creación individualizada y que tiene como objetivo el museo, el coleccionista, la galería. Deberían evitarse que estas obras, estos proyectos tuvieran un solo destino: el olvido y la ruina.

Pero la realidad es que, hoy por hoy, las ciudades aparecen llenas de objetos, de señalizaciones, de contenedores, de publicidad y, como no, de supuestas obras de arte que realmente no mantienen el más mínimo diálogo ni con su entorno inmediato ni con la ciudad ni con sus habitantes. La solución más inmediata sería dejar de instalar nada más en nuestras ciudades, procurar limpiarlas para dejar el espacio a la arquitectura, al paisaje y al ciudadano. El segundo paso, mucho más difícil, sería ir retirando todas las esculturas y monumentos que realmente no mantienen un espacio propio en la estructura urbana. Eliminar, retirar, limpiar las ciudades para crear un espacio de reflexión. Un punto cero de partida desde el que resituamos nuevamente frente a nuestro entorno y construir el paisaje urbano del futuro. •